

CITY SPIES

Este libro es una obra de ficción. Toda referencia a eventos históricos, personas o lugares reales se usa de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Diseño: Tiara Iandiorio

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *City Spies*

Publicado por primera vez en los Estados Unidos por Aladdin, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division

© 2020, del texto, James Ponti

© 2020, de las ilustraciones, Yaoyao Ma Van As

© 2021, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

ISBN: 978-84-19004-04-8

Código IBIC: FA

Depósito legal: B 18.326-2021

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: mayo de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

JAMES PONTI

# CITY SPIES



Traducción de  
Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

**A DENISE: ESPOSA, MEJOR AMIGA,  
CÓMPLICE EN EL CRIMEN**

# 1

## **Un hombre llamado Madre**

Sara miró la mancha de agua en la pared y se imaginó que era una isla; no estaba segura de si era porque lo parecía o porque deseaba desesperadamente estar en algún paraíso tropical lejos de Brooklyn y la pequeña sala en la octava planta del Tribunal de Familia de Kings County.

Estaba sentada a la mesa frente a su abogado de oficio, un hombre enorme con traje arrugado, de nombre Randall Stubbs, que estaba completamente encorvado mientras examinaba el expediente de ella.

—Esto no tiene buena pinta —murmuró; por lo visto, en la carrera de abogacía enseñaban a mencionar siempre

lo obvio—. Tienes suerte de que te hayan hecho una oferta tan generosa.

—¿Ah, sí? —preguntó Sara, sorprendida—. ¿Y cuál es?

Él levantó la vista y dijo:

—Si te declaras culpable de todos los cargos te condenarán a treinta meses de detención juvenil.

Pasarse dos años y medio en el reformatorio no le pareció tan generoso a Sara, aunque no creía que fuera a ser peor que sus últimos hogares de acogida. Para tener solo doce años era dura; podría soportarlo.

—Y, por supuesto —añadió Randall—, no se te permitirá acercarte a un ordenador.

Esto último era inaceptable.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Lo que dure tu sentencia. Quizá más, si te lo ponen como condición para soltarte. Eso dependerá del juez.

—Pero si lo único que hice fue...

—¿Fue qué? —la interrumpió él—. ¿Hackear la red de todo el sistema de justicia juvenil de Nueva York? ¿Es eso lo que ibas a decir? Porque yo no lo calificaría como «lo único que hice».

—Ya lo sé, pero solo intentaba...

—No importa lo que *intentaras* hacer —insistió el abogado—. Lo único que cuenta es lo que hiciste. Considé-

rate afortunada de tener solo doce años. De haber tenido trece, seguramente te habrían enviado a un tribunal normal para usarte como ejemplo.

De repente Sara comprendió lo serio del asunto y, por primera vez, lamentó lo que había hecho. No porque fuera contra la ley: fuese legal o no, estaba convencida de que había sido lo correcto. Pero no se le había ocurrido que pudieran prohibirle lo único que le importaba en la vida; Sara solo se sentía a gusto cuando estaba sentada al teclado.

—Nunca volveré a hackear nada —dijo—. Se lo prometo.

—¿Lo prometes? —repitió él, sarcástico—. Puedes jurárselo por el niño Jesús al juez; seguro que eso te ayudará mucho.

A Sara le costaba controlar su temperamento, un diagnóstico que habían confirmado muchos consejeros y al menos dos psicólogos escolares. Pero no podía arriesgarse a ponerse al abogado en su contra: era su única esperanza de obtener un resultado positivo. Respiró hondo y contó hasta diez, que era un truco que le había enseñado una de las consejeras, cuyo nombre había olvidado hacía mucho.

—Si no puedo usar un ordenador —dijo, apenas conte-

niendo la desesperación— no podré hacer lo único que se me da bien, lo que me hace especial.

—Sí, bueno, tendrías que haber pensado en eso antes de...

Sara habría perdido los nervios en ese mismo momento de no ser porque la puerta se abrió de repente y entró en la sala otro hombre que parecía todo lo contrario al abogado: era alto y delgado, con una mata de pelo negro descuidado. Llevaba un traje impecable. Su corbata iba a juego con el pañuelo que asomaba del bolsillo delantero. Habló con acento inglés.

—Siento interrumpir —dijo con mucha educación—, pero creo que está usted ocupando mi asiento.

—Se equivoca de sala —gruñó Stubbs—. Si no le importa, estoy hablando con mi cliente.

—Sin embargo, según esta solicitud de cambio de abogado, es cliente mía —replicó el hombre, mostrándole un papel.

Eso hizo que Sara sonriera de inmediato.

Stubbs contempló al otro.

—Eso no tiene sentido. La niña no puede permitirse un abogado caro como usted. No tiene dinero.

—Pues claro que no tiene dinero. Tiene doce años. La gente de doce años no tiene dinero. Tienen bicicletas y

mochilas. Pero resulta que esta también tiene un abogado. Este papel dice que me han contratado para representar a la señorita Sara María Martínez. —Se volvió hacia ella y sonrió—. ¿Es usted?

—Sí, señor.

—Eso significa que he venido al lugar correcto.

—¿Quién le ha contratado? —preguntó el abogado de oficio.

—Una parte interesada —respondió el inglés—. No necesita saber más que eso. Así que, si hace el favor de salir, Sara y yo tenemos mucho de lo que hablar. Muy pronto tendremos que comparecer ante un juez.

Stubbs farfulló algo mientras guardaba los papeles en su maletín de un manotazo.

—Voy a comprobarlo.

—Hay una señora encantadora que se llama Valerie y podrá ayudarle —replicó el otro abogado—. Está con el conserje del tribunal, en la séptima planta.

—Ya sé dónde está —saltó Stubbs mientras pasaba apretándose junto al hombre, camino de la puerta. Y empezó a decir algo más, pero al final soltó solo un ruido de frustración y salió de golpe.

Una vez se hubo marchado, el nuevo abogado cerró la puerta y ocupó el mismo asiento frente a Sara.

—Nunca había visto nada igual —se sorprendió—. Se ha ido echando humo... casi literalmente.

Ella no tenía ni idea de quién lo había contratado, pero estaba muy contenta con el cambio.

—Yo tampoco había visto nada igual.

—Bueno, ahora dime —le preguntó el hombre mientras abría los goznes del maletín—: ¿Es cierto? ¿Hackeaste los ordenadores del sistema de justicia juvenil de la ciudad?

Ella dudó si debía responder.

—No te preocupes. La relación de confidencialidad abogado-cliente me prohíbe contarle a nadie lo que digas aquí. Solo necesito saber si es cierto.

Sara asintió ligeramente.

—Sí, es verdad.

—Fantástico —replicó él, y le guiñó un ojo. Sacó un pequeño portátil del maletín y se lo dio—. Necesito que vuelvas a hacerlo.

—¿Que haga de nuevo qué? —preguntó la niña.

—Entrar en la base de datos de la justicia juvenil. Necesito que me nombres abogado tuyo antes de que el señor Stubbs llegue a la séptima planta y lo compruebe.

—¿Quiere decir que en realidad usted no es mi abogado? —se extrañó Sara.

—Nunca he puesto un pie en una clase de Derecho

—respondió él en tono cómplice—. Así que date prisa. Tengo una socia que va a retrasarlo en el pasillo, pero no podrá hacerlo durante mucho tiempo.

Sara alucinaba tanto que no sabía qué pensar.

—Mire, no sé quién es usted, pero se supone que el tribunal tiene que asignarme un abogado. Uno de verdad.

—Y ese hombre de la mancha de mostaza en la corbata es el que te han asignado. —Negó con la cabeza—. No sé tú, pero a mí no me da muy buena impresión. Durante los últimos nueve años ese mismo tribunal te ha asignado a seis familias de acogida y nueve escuelas. No han hecho más que una chapuza tras otra. ¿Qué te parece si probamos algo nuevo?

Sara lo miró a él y después al portátil. Estaba tentada de hacerlo, pero también se sentía confundida.

—No creo que...

—¿Qué te dijo él que iba a pasar? —la interrumpió el hombre—. Seguro que ya había llegado a algún acuerdo con el fiscal.

—Dos años y medio en un reformatorio, durante los cuales no iba a poder usar un ordenador.

Él negó con la cabeza.

—Yo puedo conseguirte algo mejor, incluso sin tener el título.

Por razones que la propia Sara no acababa de entender, decidió creerlo. Quizá se estaba haciendo ilusiones. Quizá fuera solo la desesperación. Fuese como fuese, siguió su intuición y empezó a teclear.

—Excelente —dijo él—. Seguramente no te vas a arrepentir.

—¿Seguramente? —Alzó una ceja—. ¿No tendría que darme más confianza que eso?

—Solo los tontos y los mentirosos hablan con seguridad de las cosas que están fuera de su control —contestó el falso abogado—. Pero soy optimista, así que diría que tus posibilidades son de... un ochenta y siete por ciento.

Sara sonrió y siguió tecleando.

—¿Qué portátil es este?

—Bespoke —respondió él.

—Creía que conocía todas las marcas de ordenadores, pero nunca he oído hablar de esa.

—No es una empresa. Bespoke significa algo hecho a medida para las necesidades específicas de un individuo.

—¿Alguien le ha construido esto? —El hombre asintió—. Pues sea quien sea el tal Bespoke, sabía lo que hacía.

—Espérate a ver el grande —replicó él—. Te va a encantar. Bueno, eso si al final del día no estamos los dos entre rejas.

Sara sabía mucho de ordenadores, pero nunca había visto uno como aquel. Era rápido y potente, y enseguida superó el cortafuegos que se suponía que protegía el portal de la justicia juvenil.

—Ni siquiera han arreglado la puerta trasera que usé el otro día —dijo con incredulidad.

—Las grandes instituciones son lentas. Esperemos que los abogados grandes también.

A la joven le costó menos de dos minutos alcanzar la base de datos de la asignación de abogados. Borró alegremente la entrada de Randall Stubbs y preguntó:

—Cómo se llama?

—Esa es una gran pregunta —dijo él mientras sacaba tres pasaportes del maletín—. ¿Cuál suena mejor? —Leyó el primero—. Croydon St. Vincent Marlborough III. —Puso cara de disgusto—. Un poco excesivo, ¿no?

Ella asintió.

—Sí.

—Pasaremos de este. —Leyó el siguiente—: Nigel Honey-Cake. —Soltó una risita—. ¿«Pastel de miel»? Me gusta. —Volvió a guardarlo en un bolsillo del maletín—. Creo que voy a reservármelo para otra ocasión.

—Tenemos un poco de prisa —le recordó Sara.

—Vale, vale, sigamos. —Y leyó el último—: Gerald An-



derson. Eso suena a nombre de abogado de verdad. Aburrido. Gris. Totalmente olvidable. Eso es justo lo que buscamos. Así me llamo yo: Gerald Anderson.

Le ofreció el pasaporte para que pudiera ver cómo se escribía mientras ella lo introducía en la base de datos.

—Ahora hago clic en «actualizar» —dijo mientras acababa—, y listos.

Él le dedicó una sonrisa nerviosa e hizo una pausa para escuchar.

—No ha sonado ninguna alarma. —Abrió la puerta y asomó la cabeza por el pasillo—. Nadie viene corriendo a detenernos. Muy buen trabajo, Sara.

—Solo que ahora tengo un abogado que no ha estudiado Derecho.

—He visto un montón de series de juicios en la tele. Sé cómo presentarme ante un juez.

—¿No quiere decir «seguramente»?

Él sonrió al oírlo.

—Vale, *seguramente*. Pero primero voy a necesitar detalles sobre el hackeo.

—Seguro que está todo ahí —dijo ella, señalando el expediente.

—Eso solo me dice lo que hiciste. Yo quiero saber la razón.

—El abogado (o sea, el que estudió Derecho de verdad) me dijo que no importaba por qué lo había hecho.

—A él no le importará. Puede que ni siquiera le importe al juez. Pero a mí me importa mucho.

Sara pensó un momento en cómo responder; quería ser lo más directa posible. No quería alterarse. No le gustaba mostrar sus emociones ante nadie.

—Mis padres de acogida más recientes...

—¿Leonard y Deborah Clark?

—Sí, ellos —contestó la niña con un gesto de desdén—. Acogen a más niños de los que pueden porque el Estado les paga por cada uno. Más niños significa más dinero, se lo gasten en nosotros o no. Nadie lo comprueba. Nos embutían en habitaciones demasiado pequeñas. Más que darnos de comer a cada uno, dejaban la comida en el centro de la mesa, de forma que pareciera que había más. Lo llamaban «estilo familiar», pero nos trataban de cualquier forma menos como una familia.

»Hace un mes vino un chico nuevo llamado Gabriel. Tenía miedo. Estaba triste, solo. Todo lo que se puede esperar de alguien de cinco años. Le caí bien porque éramos los únicos hispanos de la casa.

—¿Hablabas con él en español?

—A veces —dijo ella—. Hasta que nos hicieron parar.

El señor Clark me dijo: «Ahora estás en América, así que vas a tener que acostumbrarte a hablar en inglés y tal».

El abogado negó con la cabeza.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Le señalé que Puerto Rico ya forma parte de América, que había pasado casi toda mi vida en Brooklyn y que si él quería hablar bien no tenía que acabar las frases con «y tal».

El hombre rio.

—Qué aventura eres.

—No estoy segura de qué significa «aventura», pero si es que me gustan las aventuras, sí que lo soy.

—¿Y él se enfadó?

Sara asintió. Se le pasó el humor de hacía un momento.

—Yo no tuve problemas con el castigo que me puso. Pero Gabriel sí.

—¿Y por qué lo castigó a él?

Ella hizo una pausa y estudió la expresión del hombre. Quería mirarlo a los ojos mientras le respondía.

—Una noche mojó la cama. Él lo encerró en el armario del salón. Lo oí llorar. A ellos no les importaba. Lo hubieran dejado así toda la noche. Así que yo me levanté y lo saqué de allí.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó el «abogado».

—Pues que me encerraron en el armario con él. Me dijeron que tenía que aprender a estar en mi lugar. Yo forcé la cerradura desde dentro y volvimos a escaparnos. —Estaba a punto de echarse a llorar, así que hizo una pausa.

—¿Y después? —insistió él.

—Nos encerraron fuera, en la azotea. Nos dejaron allí toda la noche. Hacía frío. Daba miedo. A la mañana siguiente fui al colegio, conseguí un pase para usar el ordenador y me puse a trabajar. Primero hackeé la base de datos de la justicia juvenil para ver a cuántos niños los habían enviado con los Clark, y después sus cuentas bancarias, para mostrar cuánto dinero recibían y en qué se lo gastaban en realidad.

—No te acusan de haber hackeado el banco —interrumpió el hombre mientras pasaba páginas.

Sara sonrió.

—Retiraron la denuncia. Estoy segura de que no quieren que se sepa que una niña de doce años superó su sistema de seguridad.

—Muy bonito —replicó él—. Igual uso esa frase más adelante. ¿Y qué hiciste con la información cuando la tuviste?

—Se lo envié todo a mi trabajadora social —contestó la niña—. Y mire qué tonta soy: cuando vi que la policía ve-

nía a casa pensé que iban a arrestarlos a los dos. Fui feliz durante cuarenta y cinco segundos.

—Y, en vez de eso te arrestaron a ti, ¿no?

Ella asintió.

—Los Clark hasta mandaron a los otros niños que hicieran una fila en el porche para verme salir esposada.

—Cerró fuerte los ojos, decidida a no derramar ni una sola lágrima—. Les dijeron: «Esto es lo que les pasa a los criminales».

En realidad el hombre ya había oído antes aquello, a través de un aparato de escucha. Pero le gustaba oír las historias dos veces y ver si cambiaban. Eso siempre resultaba una buena indicación de lo ciertas o no que eran. Pero verle ahora la cara mientras la contaba le reveló todo lo que quería saber.

—Esa sí que es una buena razón —dijo—. Puedo trabajar con eso. Puedo mejorarlo mucho.

—¿No quiere decir «seguramente»? —preguntó la niña.

Él sonrió con calidez.

—No, de eso estoy seguro. Pero voy a necesitar que hagas algo difícil, algo que los informes dicen que eres incapaz de hacer.

—¿El qué?

—Necesito que confíes en mí —dijo el «abogado»—.

Haga lo que haga, diga lo que diga, necesito contar con tu confianza.

—¿Cómo voy a confiar en usted? Ni siquiera sé cómo se llama.

—Claro que lo sabes. Soy Nigel Honey-Cake. Soy Gerald Anderson. A veces hasta soy Croydon Saint Vincent Marlborough III. Depende de la situación —explicó él, y se encogió de hombros—. Pero todos mis amigos y colegas, y espero que ese sea un grupo del que pronto te consideres parte, me llaman Madre.

Por primera desde su arresto, Sara rio.

—¿«Madre»? Ese es un nombre extraño para un hombre.

—Cierto. —Le sonrió—. Pero yo no soy un hombre corriente, ¿no te parece?



## El centro Crunchem

Las conclusiones del informe sobre Sara eran acertadas. No confiaba en la gente, especialmente en los adultos. Aunque la verdad era que no muchos le habían dado motivos para fiarse. Había tenido unos pocos profesores amables. Y dos buenas familias de acogida. Pero eso era todo. Ahora, mientras esperaba en la celda a que la llamaran a la sala donde se celebraría el juicio, dudaba de si tenía que haber depositado su confianza en un hombre que se hacía llamar Madre y llevaba al menos tres pasaportes falsos en el maletín.

—¿Vas a ayudarme, niña rica?

En la sala solo había otras tres chicas, pero a Sara le costó un momento darse cuenta de que una de ellas le estaba hablando. Casi se rio por lo absurdo de la situación.

—No soy rica.

Estaban sentadas en unos bancos azules, la una frente a la otra, a poco más de un metro. La chica, que era mayor y mucho más voluminosa, se inclinó hacia ella.

—He visto a tu abogado —le dijo—. Traje brillante. Zapatos caros. Hay que tener dinero para que te atienda alguien así. Quizá también pueda ayudarme a salir a mí. O a lo mejor yo puedo cuidarte, mantenerte a salvo cuando estemos en el reformatorio. No le voy a costar mucho dinero a tu familia.

—Déjala en paz.

El aviso llegó de donde menos se lo esperaba Sara: una chica llamada Emily, que había compartido celda con ella la noche anterior. Sus uñas perfectas y cuidadas transmitían la impresión de que sabía desenvolverse mucho más en un salón de belleza que en la cárcel. Le había contado que estaba detenida por robar en una tienda y que su madre la había hecho pasar una noche entre rejas para que aprendiera la lección.

—Nadie te hablaba a ti, princesa —replicó la primera chica.

—Bueno, si Sara necesita a alguien que la cuide, ya me encargaré yo —dijo Emily—. Así que gracias, pero no, gracias.

La primera chica se levantó y se quedó parada ante ella, ahora con la atención dedicada del todo a Emily.

—¿Y cómo crees tú que vas a proteger a alguien?

—En serio, todo esto es un malentendido. —Sara intentó calmar los ánimos—. No tengo dinero y no necesito protección.

Emily la ignoró y acercó el rostro a la otra, desafiante.

—Voy a usar esto que ves aquí —dijo, mostrando los pulgares.

—¿Qué? ¿Vas a mandar un mensaje pidiendo ayuda con ese móvil que robaste?

—No —contestó Emily, seca—. Voy a hacer esto.

Y, a la velocidad del rayo, hundió los pulgares en los lados de las costillas de la otra, haciendo que se quedara sin aire y sin poder dar ni un paso atrás. Sara contempló la escena, sorprendida. Emily agarró con cuidado a la otra chica y la ayudó a ir hasta el banco en el que había estado sentada, asegurándose de que no se cayera.

—Te va a doler un tiempo y hasta puede que se hinche un poco, pero no es nada serio —dijo Emily, medio susurrando—. No puedo prometerte que vaya a ser tan suave

contigo la próxima vez, así que quizá te convenga pensártelo dos veces antes de volver a amenazar a nadie.

Sara se sentó, alucinada, y aún estaba intentando encontrarle la lógica a la situación cuando un guarda apareció por la puerta.

—Martínez, Sara —anunció.

Pero ella estaba demasiado distraída como para contestar.

—Martínez, Sara —repitió.

—Soy yo.

—Hora de ir al juicio —informó mientras abría la puerta.

Sara miró a Emily, que le deseó:

—Que tengas suerte allí.

—Gracias —respondió ella mientras se levantaba para irse. Saludó con la cabeza a la otra chica, que aún estaba recuperando el aliento, y volvió a dirigirse a Emily—. Y gracias también por eso.

Su nueva amiga sonrió.

—Eso es lo que hacen las compañeras de celda, ¿no?

Sara siguió al guarda hasta la sala donde se celebraba el juicio. Cuando se sentó a la mesa de la defensa, al lado de Madre, seguía distraída por lo sucedido entre las dos chicas.

—¿Estás bien? —le preguntó él al ver su expresión.

—Sí —contestó—. Estoy bien.

—Vale, porque voy a necesitar que le dediques a esto toda tu atención —replicó el «abogado»—. Y también que recuerdes aquello de confiar en mí.

Ella no sabía qué pensar, pero tampoco tenía tiempo como para meditarlo. El alguacil se puso en pie y anunció la entrada del juez.

—El honorable Lyman J. Crepe. Todos en pie. Comienza el juicio.

Madre hizo un ruidito irónico.

—¿Crepe? Me parece que yo igual tendría que haber elegido el nombre Honey-Cake. Hubiera sido como un bufé de desayuno.

Sara no se rio. No estaba de humor.

Y tampoco lo estaba el honorable Lyman J. Crepe.

Su nombre sería divertido, pero todo lo demás en él era muy serio. Quizá el haber tenido que oír chistes sobre tortitas toda su vida había acabado con su buen humor. Tenía el ceño siempre fruncido, como si acabase de tomarse una limonada que no tuviera suficiente azúcar. El poco pelo que le quedaba formaba un semicírculo de pelusa blanca que le empezaba por encima de las orejas hasta unirse en algún punto de la nuca. Después de las presentaciones preguntó:

—¿Cómo se declara la acusada?

Madre levantó la vista de su maletín lo justo como para anunciar:

—Culpable, su señoría.

Sara sabía que lo era, pero había pensado que solo lo admitirían después de negociar un poco. Por lo que veía en la tele, al principio los culpables acostumbraban a declararse inocentes.

El juez se volvió hacia la fiscal.

—¿Han llegado a algún acuerdo, señora Adams?

La mujer era alta y delgada y llevaba el pelo rubio corto. Su cara delataba que hacía poco que había acabado la carrera de Derecho, y su sonrisa mostraba que estaba encantada —y quizá un poco sorprendida— por la declaración de culpabilidad.

—No, su señoría —contestó—. Tuve conversaciones preliminares con el primer abogado de la señorita Martínez, pero no llegamos a ningún acuerdo.

—Parece muy contenta —susurró Sara, nerviosa—. Creo que usted no tenía que haber dicho que soy culpable.

—¿Es cierto eso, señor Anderson? —quiso saber el juez.

En vez de responder, Madre siguió ojeando sus papeles. Sara se dio cuenta enseguida de que era porque no había reconocido su propio nombre falso.

—¿Es cierto eso, señor Anderson? —repitió el juez un poco más alto.

Sara le dio un suave codazo.

—El señor Anderson es usted.

—Ah, sí —susurró él—. Ya te dije que era un nombre olvidable. —Concentró su atención en el juez y le preguntó—: ¿Que si es verdad qué, su señoría?

—Que no ha llegado a ningún acuerdo con la acusación.

—Tengo entendido que la letrada ofreció una sentencia de dos años y medio de cárcel de menores —dijo Madre.

—Puede que lo hayamos discutido como una entre varias posibilidades —replicó la fiscal con una sonrisa de gato de Cheshire—. Pero, como he dicho, no ha habido acuerdo oficial. Y ahora que se ha reconocido la culpabilidad de la acusada en el juicio, me parece una condena demasiado pequeña.

Sara se encogió en su silla. Las cosas habían tardado muy poco en ir de mal en peor.

—Me parece bien —dijo Madre—, porque a nosotros la oferta tampoco nos parece satisfactoria.

—Le garantizo que no va a conseguir ninguna mejor —respondió ella.

—No quiero una mejor. Lo que quiero es una peor.

Ahora Sara estaba confundida del todo.

—¿Perdón? ¿Cómo dice? —se extrañó el juez.

—Treinta meses no son suficientes —repitió Madre—.

Mi cliente puso en riesgo archivos informáticos de alta seguridad. Y además, aunque no se encuentre entre los cargos, también hackeó los archivos financieros de un banco multinacional.

—¡Eh! —protestó Sara—. ¿No se supone que todo lo que le dice el cliente a su abogado es confidencial?

—Eso solo valdría si yo fuese un abogado de verdad —susurró él. Volvió a mirar al juez y siguió—: Su señoría, este es un comportamiento muy grave y merece más de dos años y medio. Personalmente creo que tendría que estar encarcelada hasta cumplir los dieciocho.

—¿¡Qué hace!? —murmuró Sara, sin aliento—. Eso serían seis años.

—Un momento, su señoría —señaló Madre, levantando un dedo—. Tengo que deliberar con mi cliente. —Se inclinó hasta quedar con la boca justo a la altura de la oreja de Sara—. Por muy loco que suene, esta es la parte en la que necesito que te fíes de mí.

—¡Pero si está pidiendo una condena mayor que ella! —replicó la joven—. Eso no tiene ningún sentido.

—Cuando haya acabado, verás que sí que lo tiene —insistió él—. Dame noventa segundos. —Se desabrochó el reloj y se lo dio—. Ya me dirás después.

Sara vio por vez primera que el dorso de la mano izquierda de Madre estaba cubierto de cicatrices de quemaduras, que le subían más allá de la muñeca y desaparecían por la manga. No se había fijado en eso.

—Fue en un incendio —le explicó Madre al ver la expresión en la cara de la joven—. Ya te lo contaré cuando hayamos salido de aquí. Pero ahora te tengo que pedir un minuto y medio de confianza.

Curiosamente, fueron las cicatrices lo que la convencieron. Parecían insinuar que él era algo más que un traje bonito y una lengua rápida. Había pasado por algo serio, y eso quería decir que era un tío duro... quizá tan duro como ella misma.

Cogió el reloj y lo examinó.

—Parece un poco baratillo para alguien que se supone que es un abogado y cobra mucho.

—Hace tiempo que pienso en comprarme uno más pijo —replicó el hombre—. Quizá podamos ir en cuanto hayamos acabado aquí.

Por fin ella asintió, mostrando su consentimiento.

—Vale. Pero, si no me convence, dentro de noventa se-

gundos empezaré a contarle al juez lo de los pasaportes falsos.

—Así me gusta.

—Con permiso, su señoría —intervino la fiscal—. Podemos redactar enseguida un acuerdo para dejar a la señorita Martínez a cargo de un hogar grupal supervisado hasta su decimotavo aniversario.

—Tampoco es satisfactorio —dijo Madre.

—¿No acaba de decir que tendría que estar bajo custodia hasta llegar a ser adulta? —preguntó la mujer.

—Sí, pero no un lugar de esos. Lo único que aprendería es a ser una mejor criminal. Tengo pensada una alternativa.

Sara tenía la vista fija en el segundero del reloj. Quedaba un minuto y siete segundos.

—¿Dónde? —preguntó el juez.

—En el Centro Crunchem.

—¿El Centro Crunchem? —repitió Crepe, intentando recordar si el nombre le sonaba de algo.

—Es una instalación especializada que acoge a unos pocos delincuentes juveniles —respondió Madre—. Allí tendrá atención personalizada, consejeros y una educación de primera clase.

—¿Vamos a encerrarla o a llevarla de colonias? —bufó



la fiscal—. No vamos a pagar eso con los impuestos de los ciudadanos.

—Lo pagará todo una fundación privada —replicó él, que sacó un papel del maletín y lo agitó al aire—. Aquí tengo los documentos. Sara Martínez no volverá a costar ni un céntimo a los ciudadanos.

Sara no supo qué pensar al ver los «documentos»: era el menú para llevar de un restaurante cercano. Según el reloj, quedaban veintiséis segundos.

—Suena demasiado bien como para ser real —dijo el juez—. O sea, que seguro que no lo es. Aquí no premiamos el comportamiento criminal con hoteles de lujo. La señorita Martínez ha incumplido la ley y, cuando hayamos acabado aquí, va a salir hacia un hogar grupal supervisado.

Diez segundos.

—Quizá quiera pensárselo dos veces —insistió Madre—. O va al Centro Crunchem o mi cliente se declara inocente y pasamos a un juicio del que va a arrepentirse.

—¿Por qué? —preguntó el juez.

Madre hizo una pausa.

Se le había acabado el tiempo. Miró a Sara, que no sabía qué pensar. No estaba claro a dónde estaba yendo todo el asunto, pero al menos ahora parecía estar yendo... a *algún* sitio. Él tenía un nombre falso, no había estudiado

Derecho, y su principal prueba era una carta con veintisiete sándwiches diferentes. Y, además, mentía con una facilidad pasmosa. Pero, a pesar de todo eso, parecía muy contento por cómo estaban yendo las cosas. Le devolvió el reloj y él sonrió.

—Esto se va a poner divertido —susurró con mucha confianza. Entonces se volvió hacia el juez—. Si vamos a juicio, lo primero que haré es insistir en que le saquen a usted a declarar.

—¿Y en qué se basaría? —protestó él.

—En que usted está en contra de mi cliente porque, cuando hackeó el portal de la justicia juvenil, encontró correos electrónicos personales comprometedores escritos por usted mismo.

Sara no tenía ni idea de a qué se refería Madre. No había visto ni un solo correo.

—El servidor de correo no fue afectado —insistió el juez.

—Entonces ¿cómo es que tengo una copia de esta nota que usted envió hace dos semanas? —Madre empezó a leer de una hoja de papel—: «Ayer cené con el alcalde y permíteme que te diga que es todo un...».

El juez golpeó repetidamente su mazo para que el «abogado» no pudiera seguir leyendo.

—Bueno, voy a dejarlo por un momento —dijo Madre, devolviendo el papel a la mesa de la defensa—. También hay correos de varios abogados, como este —siguió, y empezó a leer otro—: «¿Cómo tomarse en serio a alguien que se llama Crepe? ¿Habrá estudiado en la Universidad Masterchef?».

—¡Protesto! —exclamó la fiscal al reconocer que el correo lo había escrito ella misma y se lo había mandado a una amiga.

—Es él quien debería protestar, no usted —siguió Madre—. Era usted quien se estaba burlando de él.

—Su señoría, está intentando chantajearnos.

El «abogado» se rio.

—No, no es chantaje. Aunque este siguiente sí que casi lo es. —Cogió otro papel y se puso a leerlo—: «Sobre lo del congreso legal de la semana pasada en Atlantic City, por favor no le cuentes a mi mujer nada de...».

—¡Orden en la sala! —gritó el juez a pleno pulmón, golpeando de nuevo con su mazo—. ¡Orden en la sala!

Sara miró a Madre, que le guiñó un ojo y miró de nuevo al juez.

—Hay docenas de correos como estos, y voy a asegurarme de que todos sean leídos en voz alta y queden en el acta del juicio, que estará disponible al público, así que

pueden imaginarse lo embarazoso que va a resultar para ustedes dos. O... —Hizo una pausa para dar ocasión al juez de valorar sus opciones.

—Cuénteme más sobre el Centro Crunchem —dijo el juez—. ¿Quién está a cargo de él?

—Trunchbull —respondió Madre—. Es muy severo.

—Ah, sí, Trunchbull —asintió el otro hombre—. Severo pero justo, si lo recuerdo bien. Cuénteme más.

Cuatro horas más tarde, Sara Martínez fue entregada a la custodia del hombre que decía llamarse Gerald Anderson, abogado. Después de que él firmara unos cuantos papeles salieron por una puerta giratoria al sol de la tarde de Brooklyn.

Sara respiró hondo el aire fresco y preguntó:

—Bueno, ¿va a explicarme lo que ha pasado ahí dentro?

—Hemos ganado —dijo Madre—. Y por goleada, la verdad.

—No estoy segura de que haya sido una victoria —replicó ella—. Ha hecho que me condenen a seis años.

—Sí, pero vas a cumplirlos en un centro ficticio, así que no te va a resultar muy difícil.

Sara se lo quedó mirando.

—¿De qué habla?

—Crunchem es el nombre del colegio en *Matilda* —le explicó él—. La señora Trunchbull es la directora malvada. Solo existen en un libro para niños. —Hizo una pausa y añadió—: A menos que también cuentes la película y el musical, que a mí me parecieron muy buenos.

—¿Está loco?

—Solo tenía noventa segundos para inventarme algo —se justificó el «abogado»—. El truco es usar nombres que suenen de algo, así resulta más fácil que se crean que son de verdad.

—¿Y si hubiesen recordado el libro?

—La fiscal parecía demasiado joven como para tener hijos, y el juez era lo bastante viejo como para que haga décadas que no haya leído cuentos para irse a dormir, así que pensé que seguramente no corríamos ningún riesgo.

—¡Otra vez con el «seguramente»!

—La vida está llena de «seguramentes», Sara. Vas a tener que acostumbrarte.

—Si es un lugar de ficción, ¿por qué insistió en que me condenaran hasta que cumpla los dieciocho?

—Porque así ya no volverás a tener problemas con los tribunales juveniles —respondió él—. Te han condenado hasta que seas adulta. Nadie va a ir a buscarte. Ningún trabajador social va a seguir tu caso ni irá a visitarte. Te has

escurrido por entre las rendijas del sistema judicial norteamericano. —Sonrió con orgullo—. Felicidades.

—¿O sea, que estoy libre?

—Libre del todo.

—¿Y ahora qué pasa?

—Ahora se pone interesante. Tienes grandes decisiones que tomar. Pero ahora quiero que vengas a dar una vuelta. —Señaló con un gesto la limusina que esperaba cerca—. Quiero mostrarte algo.

—¿En una limusina?

—Pensé que, si habías venido esposada en una lechera, lo menos que podía hacer era ayudarte a irte con clase.

—¿Una lechera?

—Es como algunos llaman a las furgonetas de la policía —explicó él.

Mientras le seguía, Sara le preguntó:

—¿Y cómo se lo ocurrió lo de *Matilda*?

—Es un libro de Roald Dahl, mi autor preferido.

—Los libros para niños deben de gustarle mucho...

—Sí, pero no es mi preferido por eso —dijo Madre—. Lo es porque, además de escritor, era espía. —Se detuvo, se dio media vuelta para mirarla y le dijo—: Igual que yo.

Sara se rio.

—No es broma —insistió él—. Soy agente del servicio secreto de inteligencia británico, también conocido como MI6. Por eso tengo los pasaportes. Por eso tengo copias de sus correos electrónicos. Dirijo un equipo de élite al que solo envían a misiones de alta prioridad.

—¿Y una de esas misiones «de alta prioridad» era evitar que me encerraran a mí? —replicó Sara, nada convencida.

—No era tanto una misión como una campaña de reclutamiento. Y de emergencia.

—¿Qué quiere decir?

—Vamos a encargarnos de una operación de extrema importancia —explicó él—. Y acabamos de descubrir que necesitamos a una persona más en el equipo. Hemos venido a ver si esa persona podías ser tú.

—¿«Hemos venido»?

Madre abrió la puerta trasera de la limusina y Sara vio una cara conocida que la miraba desde dentro.

—¿Emily? —preguntó, al reconocer a su «compañera de celda».

—En realidad me llamo Sídney —le dijo la chica, con acento australiano—. Me alegro de que Madre haya podido sacarte.



## Brooklyn

Más que en una furgoneta de transporte de prisioneros, Sara se fue de los tribunales en una limusina con dos personas que decían ser espías. Y, curiosamente, ella misma no tenía ninguna duda de que lo eran. Lo que no sabía era cómo encajaba en los planes de ellos.

—A ver si lo entiendo —dijo mientras cogían Atlantic Avenue para adentrarse más en Brooklyn—: ¿sois un equipo?

—Formamos parte de uno —contestó Sídney.

—¿Y vinisteis a ver si yo podía encajar en ese equipo?

—Exacto —dijo Madre.